

ba tanta malicia por los indicantes de la calentura, como en lo interior obraba, no se le hicieron remedios eficaces, así por esta causa dicha, como por no tener fuerzas ningunas el enfermo. Al séptimo día se agravó la enfermedad, sacando al descubierto la cara la calentura, y todos los indicantes eran de hecho mortales; porque la lengua estaba, demas de árida, negra; las fauces secas, é inflamada la garganta, de modo, que para que pasase una poca de sustancia, era menester mucho trabajo. Mandaron los Médicos que se dispusiese para confesar, y recibir el Viatico: nueva que recibió con alegría; porque quien siempre vive muriendo, no siente la muerte quando llega. Dispúsose para recibir estos soberanos Sacramentos: ¿quién duda que estaria bien dispuesto el que siempre traxo una vida tan austera, y penitente? Recibió con muchos afectos interiores, y exteriores el Santísimo Sacramento, pidiendo despúes, que lo dexáran solo con su Dios, como se hizo.

Fué cada día cobrando fuerzas el mal, y minorándose las del enfermo; de modo, que en la opinion de todos, no había esperanzas de su vida. Y siendo así que los accidentes, y dolores crecian por instantes, repararon quantos entraron en su Celda, que eran muchos, que nunca preguntó al Médico qué enfermedad tenia, ni que le aplicase para su fatiga algun remedio, sino siempre estuvo con gran paciencia, y grande serenidad de ánimo. Mandó el Médico que le aplicáran unas ventosas, y no se pudo practicar el remedio, porque *à planta pedis, usque ad verticem capitis, non erat in eo sanitas*. No hubo lugar en su cuerpo donde pudieran aplicarse: tal estaba de disciplinas, cilicios, y otras penitencias.

Tenia en su Celda una Imagen de nuestra Señora del Rosario, pintada en un lienzo, muy hermosa, y á esta por sus propias manos había hecho un círculo de unas florecitas, que llaman siempre vivas: en esta Imagen descansaba en sus dolores, y esta le servía de alivio en sus fatigas. Estando tan malo, como vamos diciendo, llegó un Religioso á tomar una de aquellas florecitas; y como si no estuviera malo, con una voz entera, y fuerte, le dixo: No llegue á esa Imagen, ni le quite flor alguna. Y esto mismo había observado estando bueno, pues nunca consintió que llegáran al quadro, ni quiso que nadie le pusiera alguna flor, teniendo gran cuidado el Siervo de Dios de adornarle de flores por sus manos. Y observaron, que siempre que salia de la Celda, quando estaba bueno, saludaba primero á esta Santa Imagen, y tomaba su bendicion. ¿Quién du-

duda, que ahora, que era quando mas la había menester, la hallaría en su favor? Pues el que siempre veló á las puertas de su misericordia, el que tanto madrugó para alabarla, precisamente la había de hallar; porque sin duda había de cumplir esta Señora su palabra, que dá en los Proverbios, diciendo: *qui manè vigilant ad me, invenient me* (a): Los que madrugaren á buscarme, me hallaran.

Llegó la enfermedad al catorceno con mayor aumento, y malicia en la calentura; y la noche de aquel mismo día, serian como las ocho, le preguntó á un hijo suyo de confesion, secular, á quien quería, y con quien tuvo mucho trato: ¿Qué día es mañana? Martes, le respondió; y hace quince días que V. Paternidad está malo. Suspendióse el Venerable Padre; y díxole el secular, que si le daba licencia, se quedaria allí aquella noche. No es necesario, respondió; y dándole la mano, se la besó el dicho, y el Cirujano, que se hallaba allí, y á uno, y otro les echó su bendicion, y se fueron bien quebrantados á sus casas, porque eran en oírle muy freqüentes, y le habían tomado mucho amor.

Aquella misma noche, como á las diez, estaba un Religioso, á quien el Siervo de Dios quería mucho, y con quien se había confesado varias veces, y tenía especial cariño; y viendo lo que estaba padeciendo, congojado dió un suspiro. ¿Qué tiene V. Paternidad? le dixo nuestro enfermo. Qué he de tener, respondió, sino sentimiento, y pena de ver lo que V. Paternidad está padeciendo. Yo estimo la compasion que V. Paternidad tiene de mí; ahora no he menester nada, sino que me corra esa cortina, y se vaya á descansar. Hízolo así, y quedándose solo en su alcoba, y con gran silencio, los enfermeros oyeron que el descanso era llamar á nuestra Señora en su ayuda; y cómo que sería sin duda para el Siervo de Dios verdadero descanso: porque si todos hallan en María Santísima favor quando de veras la llaman, ¿cómo no hallaria descanso quien nunca le tuvo por aumentar, y extender su devocion? Es en el fin (enseña la Filosofia) mas veloz el movimiento: ¿quáles serían los de aquel corazon en el fin de su vida, que siempre estaba fuera de su centro viviendo, si no hablaba, ó predicaba de María? Ya se confesaba esclavo, ya se miraba hijo, ya confiaba por haberla servido, ya pedia perdon por no haberla servido como merece ser servida; y en encontrados afectos, al parecer, aun-

que

(a) Prov. 8.

que univocados en la verdad de su firme esperanza, clamaba con entera confianza, diciendo aquellas dulces palabras, de que usa la Iglesia en el Oficio de esta Celestial Señora: María, Madre de Gracia, Madre de Misericordia, defiéndeme del enemigo, y recíbeme en la hora de mi muerte.

Eran cerca de las tres de la mañana, quando llegando un Religioso á tomarle el pulso, y reconociendo que se le habia retirado, y que la respiración estaba acelerada, avisó para que traxeran el Santo Oleo. Vino este; y puestas las manos cruzadas, lo recibió con rostro alegre, y sereno. Ya habia acudido toda la Comunidad, y se habian abierto las puertas del Convento para el Rosario, con lo qual entraron aquellos dos seculares, hijos de confesion del Venerable Padre, que aquella misma noche habian estado en su Celda. Ya por minutos le iban faltando los espíritus vitales, y así entonaron el Credo, y al mismo tiempo los de Casa de Novicios el Rosario de nuestra Señora á coros; y entre las alabanzas del Rosario, y las oraciones santas que la Comunidad cantaba, abrazado con un Crucifixo, entregó su alma en manos de su Criador, y de la Virgen Santísima, según piadosamente creemos por su santa, y religiosa vida.

Fué su fallecimiento el día seis de Junio, Martes á la hora del Alba, á los quince días de su enfermedad, que le empezó á esta misma hora, año de mil seiscientos y noventa, de edad de quarenta y ocho años. Y cierto que debé notarse la hora, el número de los días, y aun el día de su muerte. A la Aurora fué llamado para que se purificára con las fatigas, y dolores de la enfermedad. En esta obscura noche estuvo como otro Jacob luchando por número de quince días: místico número de los quince Misterios, que en el Sagrado Rosario de la Virgen se contemplan. Llegó al último; y acercándose la Aurora, quién duda que diría á su cansado, debilitado, y mortificado cuerpo: *Dimitte me, jam enim ascendit Aurora* (a). Allá el Angel de Jacob quería desprenderse de sus brazos, porque á aquella hora cantan en el Cielo los Angeles los Misterios del Rosario, dice el docto Padre Calvo (b): *Arcana Rosarii cantant*; y acá quería desprenderse de su cuerpo, para acompañar á los Angeles en el Rosario que habia tenido por exercicio toda su vida: Y muriendo á esta hora, suelta el alma de las prisiones del cuerpo, bien

(a) Genes. 32. (b) Calv. concil. 25. Quadrag.

bien podemos piadosamente entender fué al Cielo á cantar el Rosario.

Fué el número de los días de su enfermedad misterioso, porque quince son los diezmos que componen el Rosario. Quince principales Misterios son los que en cada diez se meditan; y siendo estos Gozosos, Dolorosos, y Gloriosos, en su paciencia se vió el gozo en el padecer: en sus fatigas, los dolores en el penar; y en la quietud de su muerte, la gloria que fué á gozar: que claro está, que en la bondad de Dios, y la piedad de María Santísima, era preciso que quien empleó su vida en gozarse en los Gozos de esta Celestial Señora, en dolerse de sus penas, y alegrarse de sus glorias, fuera á la Patria para gozar e ornamente la correspondencia de estos soberanos Misterios. Y si en Martes sienten muchos que nació María Santísima, día á propósito fué para que en él naciera el Siervo de Dios para la Gloria.

Era este Venerable Padre bastante alto de cuerpo, muy enjuto, ó ya porque de su natural lo fuese, ó porque como toda su vida fué tan parco, no dándole al húmedo radical el combustible necesario, fué este cebándose en sus propias carnes. Las manos eran largas, y muy secas, y su color bastante moreno: el rostro largo, los dientes grandes, y algo sacados afuera; el color del rostro amarillo, y lleno de paño, con pocas, ó ningunas barbas: los ojos pequeños, el cerquillo cerrado, sin ningunas entradas de calvo, de color castaño claro. Estaba del Siervo de Dios la fisonomía vivo; mirémosle ahora muerto. Lo cierto es, que viéndolo no era hermoso en lo corporal: esto no importa, porque *vana est pulchritudo*, la hermosura del alma es la perfecta hermosura. Murió, y quedó su cuerpo flexible en tanto grado, que no parecía que estaba muerto, pues todo él le movian del modo que pudiera moverse, si estuviera animado. No quedó su rostro con la amarillez que tenia viviendo, y con la que quedan los cadáveres, sino con un color blanco, y rosado, y como si estuviera durmiendo. Lo singular que notaron muchas personas de toda autoridad, fué que las manos le quedaron blancas como la misma nieve, carnudas, y hermosas, siendo, como lo hemos dicho, enjutas, y bien morenas. Pero fueron manos que nunca estuvieron cerradas para el pobre, y era preciso que en la inmensa liberalidad de Dios, aun el instrumento no se quedara sin pagar. Fué S. Esteban, Rey de Ungria, liberalísimo en dar á la Iglesia, y á los pobres; y habiéndose resuelto en cenizas su cuerpo, quedó su mano derecha

cha incorrupta: para mostrar el Cielo, que mano que fué tan liberal, no habia de quedarse sin paga. Amortajaron su cuerpo, no con los recelos con que suelen amortajarse los difuntos, sino llegándose unos, y otros á besarle las manos, y los pies con gran devocion, y ternura. Causó su muerte indecible, y general sentimiento en toda esta Ciudad, no oyéndose en toda ella mas que sollozos, y lágrimas por la pérdida de Padre, Director, y consuelo de todos; y desde que empezó á correr la voz de su muerte, concurrió á este Convento tanta multitud de toda la Ciudad de ambos sexos, que fué necesario para evitarles en la clausura á las mugeres la entrada (que se temió prudentemente por el impulso de su devocion), cerrar todas las puertas del Convento, en el interin que se dispuso, condescendiendo con los clamores que se oían, en sacar el cuerpo á la Capilla de nuestra Señora del Rosário para universal consuelo, que le tuvieron en verle, desahogando sus corazones con aclamarle á gritos: *Santo Padre, y consuelo de todos.* Y aunque se procuró tener cerradas las rejas de la Capilla, permitiendo solo á la vista del Pueblo el cuerpo, no se pudo negar á algunas personas Eclesiásticas, y Seculares de la primera esfera de esta Ciudad la entrada en dicha Capilla, á cuyo ingreso se arrojaron otras muchas personas con tanto ímpetu, que ni pudieron los Religiosos estorbarlo, ni quitar el que no contentos con besarle pies, y manos, lo dexaron por dos veces desnudo, procurando todos los que pudieron llevar parte de su ropa por reliquia. En treinta y quatro horas que estuvo por enterrarse, fueron continuos, é innumerables los Rosarios, las Cruces, y los anillos que traían para tocar en el cuerpo, á que era preciso condescender para en algo aplacar los ímpetus del fervor; pues de los Conventos de las Religiosas no cesaban de enviar personas para que les tocasen Rosarios. Hiciéronse en este tiempo diferentes Retratos por diversos Pintores, que algunas personas devotas traxeron á este fin. El Ilustrísimo Cabildo de la Santa Iglesia Catedral fué servido de manifestar su devocion, y veneración al difunto, no solo enviando su Capilla de Música, sino honrando con su asistencia el Funeral, y Misa, á que asimismo asistió toda la Nobleza de esta Ciudad, é innumerable concurso: que se puede atribuir á milagro de Dios, y de su Madre Santísima, el que no sucediesen algunas desgracias con tanta multitud de gente. Este dia predicó en su Entier-

tierra el M. R. P. Presentado Fr. Alonso Bernádez; y aunque á la verdad era excelente Predicador, no se pudo hacer capaz el auditorio de lo que dixo del Siervo de Dios, por la confusion de la gente, y así se vió precisado á decir, que el Entierro se suspendia hasta la noche, por ver si se sosegaba algo la gente; y viendo que crecia el alboroto, y que era imposible pasar el cuerpo al Capitulo, lugar donde se entierran los Religiosos, furtivamente lo entraron en una bóveda en la misma Capilla, en donde estuvo el cuerpo sería mas de la una del dia, reservando el Oficio de la sepultura para la tarde, porque fué imposible el concluirlo entonces. Con esta resolucion se fué templando la gritería, y sollozos de aquel gran concurso, hasta que evacuada la Iglesia de gente, se cerró, y á la tarde le hizo la Comunidad el Oficio de la sepultura. Sábado diez y siete de Junio de este mismo año de mil seiscientos y noventa se celebraron las honras en este Real Convento, asistiendo, y haciendo el Oficio el Ilustrísimo Cabildo de la Santa, Patriarcal, y Metropolitana Iglesia. Predicó este dia el M. R. P. Lector Fr. Antonio de Cáceres, del Orden de Predicadores, Colegio del Insigne, y Religioso Colegio de *Regina Angelorum* de esta misma Ciudad, una Oracion historial con gran acierto; pues en ella dixo muchos casos singulares de su vida, con que fervorizado el auditorio, renovó en nuevos afectos los sollozos, y sentimientos de haber perdido en tan corto tiempo tal Padre, y Predicador. Y habiendo visto hasta aquí en este breve resumen el curso de su admirable vida, y feliz muerte, será bien que registremos, aun con mayor brevedad, su vida interior en la práctica de las virtudes, pues estas son las que hacen á las criaturas amigas del Criador.

Es la humildad la basa, y fundamento de todas las virtudes; y el que quisiere hacer firme edificio de virtudes, ha de levantarlo sobre este fundamento. Esta es la que roba á Dios las atenciones, y aun su misma persona. De los nombres, dixo el Angel de las Escuelas Santo Thomas, que servian de sobrescrito, donde se leía la calidad, y condiciones de todas las cosas. Adán, por particular privilegio, hizo el Vocabulario de la naturaleza; y en virtud del conocimiento que Dios le participó de sus criaturas, pudo, sin dexarlas quexosas, escribir en sus nombres sus propiedades; y de aquí nace, que para saber quan distintos son los solares de donde traen su nobleza las cosas del Cielo, basta oír sus nombres, que ellos nos dicen su diferencia.

Acá en la tierra al calificado llaman Hijodalgo; y esto mismo que suena á calidad entre nosotros, dexa de serlo, si lo miramos ácia el Cielo; porque tanto mas nos desviamos de ser hechuras de Dios; en que consiste nuestra mayor hidalguía, quantos mas algos se ponen entre su Magestad, y nosotros. Mucho mas noble fué Adán por nieto de la nada, que por hijo de la tierra; porque entre Dios, y la nada, ninguna criatura se puso de por medio. Dios fué solo quien sacó la tierra de la nada; pero entre Dios, y Adán se atravesó la tierra, dando los materiales para su fábrica. Por esto la Teología reconoce tan de parte de Dios la accion de criar, que no puede prestársela á la criatura, ni valerse de sus manos, como de instrumentos, porque es la creacion regalia de su Omnipotencia; y así dixo el Angélico Doctor, que era excelente la nada, porque no consiente que otra mano que la de Dios, examine, y escudriñe sus senos, sacando á luz de lo obscuro de sus entrañas lo hermoso de las criaturas.

De esta verdad se infiere un admirable secreto, que oculta una, y otra Filosofia, divina, y humana, no consintiendo qualquiera de ellas que haya lugar vacío, ni en la gracia, ni en la naturaleza, antes bien disponiendo que unas criaturas ocupen el vacío de las otras; en tanto grado, que si por posible, ó imposible faltára el ayre, que es quien llena los senos de la tierra, se desquiciára de sus exes el Cielo, dice la Filosofia, y baxára á suplir esta falta, por no consentir vacío en la naturaleza. Y esto mismo que pasa en el Cielo, y en la tierra, debemos filosofar entre Dios, y las criaturas; porque quanto mas estas se vacian de propia estimacion, tanto mas se anonadan, y tanto mas executan á Dios por su asistencia, empeñándole á que baxe á llenarlas, por no hacer falta á los fueros de esta celestial Filosofia.

Es la humildad verdadera de tal condicion, que se juzga por indigna de poseer los bienes de la gracia; y tal puede ser el hoyo que haga en una alma esta virtud, vaciándose del ayre de la vanidad, y soberbia, que para llenar este vacío, no sea bastante el Cielo con sus dones, y sea menester que Dios baxe á llenarlo en persona. Hablando el gran Padre S. Bernardo (a) de María Santísima, dice, que con ser tal su pureza, no fué ella quien le negoció el ser Madre de Dios: *Virginitate complacuit, humilitate con-*

(a) Bernard. in Luc. cap. 1.

*cepit*: Con la pureza le robó á Dios la gracia; pero con la humildad la persona. Pudo Dios llenar la pureza de MARIA con su gracia: *GRATIA PLENA*; pero hubo menester su persona para llenar el vacío que habia hecho su humildad. O si no, repárese que se turba esta Señora en el Sermon del Angel; y no fueron sus temores recelos de su fé, sino zelos de su virginidad: no porque temia perderla, sino porque quiso asegurarla, y el lleno de esta pureza fué el hallazgo de la gracia: *Invenisti gratiam*. Pasóse la turbacion á humildad; y quando se promete ser Madre, y Reyna, cabó tanto en lo humilde, que se confiesa Esclava, y entonces se halló con Dios en sus Entrañas purísimas, llenando Dios con su persona el hueco que habia cabado su humildad: *Quia respexit humilitatem Ancille suæ*.

Dos géneros de humildad, dice el gran Padre S. Bernardo, que puede haber en el hombre: la una en el juicio, y la otra en el afecto. La humildad en el juicio mira á conocerse, y la del afecto á menospreciarse. Una, y otra tuvo este Siervo de Dios; porque vale nada la una sin la otra. ¿De qué sirve la del conocerse, si falta la del menospreciarse? ¿Qué importa que yo conozca que soy un vil gusano, si quando llegan á pisarme, vuelvo á morder al que me pisa? Tuvo siempre de sí baxísimo concepto: siempre se juzgó inhabil para todo. Solia decir, y con mucha gracia: ¿Por qué les parece que Dios no me dió barbas? Porque soy una basura; (este era su término) y como era para nada, no quiso Dios hacerme hombre como los demas. ¿Qué oprobrios no le dixeron! ¿Quántas veces lo despreciaron por loco! ¿En quántas ocasiones oyó á sus oídos, que habia de parar en la Inquisicion por Alumbado! Pero como humilde, no se sentia, sino que realmente se alegraba. Luego si hizo tal hoyo en su alma su humildad, ¿quién duda que Dios lo llenaria con su gracia, y sus dones? Y si esta hermosa virtud es del edificio espiritual el fundamento, buenos cimientos puso para la fábrica que en su vida levantó.

Imposible es, dice el Apostol, agradar á Dios sin fé: *Impossibile est sine fide placere Deo* (a). Y la razon es, dice Guillermo Peraldo, Obispo de León, de mi Sagrada Familia, que el hombre necesariamente debe saber de quién fué hecho, debaxo de qué dominio está, y para qué fué criado. Debe saber quién lo crió, para que no

sea

(a) Ad Heb. cap. 11. Perald. de Fide.

sea ingrato á beneficio tanto, y se haga indigno, por no ser agradecido, de recibir otros mayores. Es la ingrátitud, dice S. Bernardo (a), un viento abrasador que seca por sí la fuente de la piedad, y el rocío de la divina misericordia. Debe conocer debaxo de cuyo dominio está, para ser siervo util, y lograr la gracia de su Señor: *Serve bone, & fidelis, intra in gaudium Domini tui* (b). Y finalmente debe conocer, que fué criado para el trabajo, en que está el mérito, trabajando para sí, y para su próximo. Pues aun en aquel feliz estado en que Dios crió al hombre, no quiso que estuviera ocioso: *Ut operaretur* (c). Y el Espíritu Santo dice, que la ave nació para volar, y para grabajar el hombre. Quien tiene fé verdadera, cree que fué criado por este Dios infinitamente Poderoso, infinitamente Sabio, infinitamente Bueno; y si pudiera, debía darle infinitas gracias por haberlo criado. Quien tiene fé, considera que está debaxo del dominio de este Soberano, y gran Señor; y que el caudal que le dió, debe emplearlo segun la voluntad de su dueño, y no esconder el talento, y sepultarlo en la tierra del descuido. Y finalmente, el que tiene fé trabaja para adquirir con el caudal que Dios le prestó, méritos para sí, y para su próximo, no omitiendo fatigas, penas, dolores, y cansancios.

Ponga el Lector los ojos de la consideracion en la vida de este Venerable Padre, y hallará una fé viva, llena de buenas obras. De dia, de noche, y á todas horas no faltaban de su boca las divinas alabanzas, engrandeciendo la Bondad, Sabiduría, y Omnipotencia de su Criador. ¡Qué caminos no anduvo! ¡Qué mares no surcó! ¡Qué peligros no se expuso por emplear el caudal que Dios le habia dado! Pues era ordinario el decir, que si tuviera mil vidas, todas las perdiera por ganarle una alma á Dios. Y así toda su vida fué un continuado trabajo; porque entró tan gustoso en la tarea, que padeciendo vivia, moria no trabajando, y sin una ardiente fé no se hace el trabajo dulce, ni el descanso desabrido. Adornado el entendimiento del hombre, y enriquecido con la lumbre de la fé, llega á tener una certeza de las cosas que Dios dice, y de todo lo que manda, que aunque parezca repugnan á la razon, cree lo que la fé propone, atropellando de la razon las razones: y esta es la fé que ponderó el Apostol de Abraham: *Contra spem, in spem credit*. Caminaba el Siervo de Dios en compañía de un Novicio,

(a) D. Bernard. (b) Luc. cap. 16. (c) Genes.

á quien el ardor del Sol llevaba ya sufocado, y díxole: Confíe, hijo, en Dios, y en su Madre, y pídale por medio de Santa Rosa, que hallaremos remedio. Tuvo entera fé, y así lo halló; y era contra lo natural el tenerlo, porque el dia estaba claro, y el Sol en el zenith de sus ardores, y envió Dios una nube que le hiciera sombra. Muchos casos se podian traer, pero para la brevedad prometida basta.

Es la esperanza, dice el Maestro de las Sentencias, una cierta confianza de la gloria futura, que proviene de la gracia de Dios, y de los méritos precedentes. Estas dos cosas son para la esperanza necesarias: la gracia de Dios se conserva en el alma sin méritos; y con méritos propios, sin gracia ninguno puede salvarse. Aquel tiene esperanza verdadera, que frecuentemente se exercita en buenas obras; pero nunca en sus méritos confía, sino en solo la inmensa bondad de Dios; porque ninguno sabe si agrada á Dios con sus obras, siendo nuestra justicia, como dice Isaias: *Sicut panis menstruata* (a). Aquel tiene verdadera esperanza, que ofrece á Dios justo, y santo sacrificio, segun aquello del Salmo: *Sacrificate sacrificium justitiae, & sperate in Domino* (b). Este sacrificio justo, y santo es Jesu-Christo nuestro Soberano Redentor, el Unigénito Hijo de Dios, que se ofreció al Eterno Padre en el Ara de la Cruz, pagando infinitamente mas de lo que el mundo debía. En este sacrificio está toda nuestra esperanza, y toda nuestra salud; pues como dice San Bernardo: *Peccavi, peccatum grande; turbatur conscientia, sed non perturbatur: Quoniam vulnerum Domini recordabor; quia ipse vulneratus est propter iniquitates nostras* (c). Pequé cometiendo un gran pecado: túrbase la conciencia, pero no se perturba; porque me acordaré de las Llagas de Jesu-Christo, pues quiso recibirlas por nuestras culpas, y pecados.

Pues ahora miremos á la virtuosa vida de este Siervo de Dios, y la hallaremos llena de una perfecta esperanza. Toda la vida fué un continuo obrar; pues como hemos visto, desde niño ya hacia cruces, y se ponía á adorarlas: ya no dexaba de las manos el Rosario: ya huía del juego, propio en la pefueñedad. En saliendo de la escuela, ó del estudio, iba á ayudar á su padre al campo, y viniendo rezando el Rosario de la Virgen. Siendo ma-

G

yor,

(a) Isai cap. 64. (b) Psalm. 4. (c) D. Bernard. serm. 61. in Cant.

